



CAPÍTULO UNO

Tienes que ver este reloj, Tommy. La inscripción dice: “Propiedad de Sanford Bloombury, 1865”. Imagínate: un tipo tenía puesto esto antes de que tuviéramos siquiera electricidad.

Tom se quitó el visor de realidad virtual y parpadeó mientras sus ojos se habituaban a la tenue luz interior del concurrido casino. Las luces brillantes de las pantallas de video cercanas se reflejaron en la sonrisa que agrietaba el rostro cansado de Neil, y provocaron un destello en el reloj de pulsera de oro que pendía de su mano.

—Vaya —en realidad, Tom no entendía por qué Neil se lo mostraba—. ¿Este reloj vale mucho o algo así?

—¿Que si vale mucho? Tom, este reloj pasó de padres a hijos durante generaciones. Es una reliquia familiar muy preciada y de gran valor sentimental. No para *nuestra* familia, claro, pero sin duda sí para la de ese banquero —señaló con el dedo por encima de su hombro al hombre calvo al que había vencido en el póker unos minutos antes—. Por eso, espero que signifique algo para ti cuando digo que quiero que lo conserves. Felices quince años.

—¿Me lo estás regalando? —Tom tardó un momento en procesar esas palabras.

No recordaba que su padre le hubiera regalado alguna vez algo para su cumpleaños... Ni el día de su cumpleaños ni cerca de él. Tomó el reloj con ansias. El visor de RV se le resbaló de la mano, y Neil lo atrapó en el aire antes de que cayera al suelo.

—¡Es fantástico, papá!

Claro que no necesitaba ningún reloj; con el preciso cronómetro satelital que tenía en el cerebro y que medía el tiempo hasta una dosmilésima de segundo... Era una de las muchas ventajas de tener una computadora en la cabeza. Pero aun así, estaba feliz de recibir un regalo.

Neil lo tomó por el hombro.

—Ven, vamos a comer carne asada.

Sí. Eso lo alegró más aún.

Se levantó de un salto y siguió a Neil entre el gentío que llenaba el casino. Pasaron junto al banquero derrotado, que miró con codicia el reloj. Tom no tuvo escrúpulos para ponérselo delante del tipo, pero probablemente fue un error llevarlo en la mano con tanto descaro, porque la cara del hombre se convirtió en una máscara tensa de hostilidad... y vio que el banquero llamaba con una seña a un hombretón que se parecía, sospechosamente, a una especie de guardaespaldas o matón.

Antes de doblar la esquina junto con Neil, Tom echó un último vistazo por encima del hombro. Luego cruzaron la puerta hacia el calor seco y envolvente de la noche de Nevada, donde las luces de neón de Las Vegas Strip los bombardearon desde todos los costados.

Neil observó el casino del que acababan de salir.

—¿Crees que el banquero va a enviar a su sirviente a perseguirnos?

Conque él también había visto la seña fatídica.

—Aún no lo sé —respondió Tom y sacudió la cabeza.

—Camina rápido.

No necesitaba que se lo dijera; conservaba el instinto de supervivencia que había adquirido durante sus primeros catorce años de vida, los cuales había pasado siguiendo a su padre de un casino a otro. Apenas Neil ganaba algo de dinero —en las raras ocasiones en que ganaba—, lo más difícil era *conservarlo*.

La pregunta era hasta qué punto Neil estaba en sus cinco sentidos. Echó un vistazo atento a las piernas de su padre y vio que se movía con estabilidad, sin tambalearse ni arrastrar los pies. Bien. Sobrio. O al menos, lo más sobrio que podía llegar a estar.

Tom hizo girar el reloj mientras avanzaban entre la multitud, y en su superficie se reflejaron las luces brillantes de los anuncios aéreos de Las Vegas. Las pantallas de un kilómetro y medio de ancho que orbitaban cerca de la Tierra asediaban con publicidad a cualquiera que se encontrara en un radio de ciento sesenta kilómetros debajo de ellas, pero sus reflejos en el reloj se reducían a diminutos fragmentos de luz. De pronto, en la superficie divisó una figura que los seguía entre el gentío. Le bastó echar un vistazo hacia atrás para confirmarlo: en efecto, los perseguía el sirviente del banquero.

Genial.

Volvió a mirar al frente.

—Sí, papá. Nos siguen. Tu banquero es un chupasangre.

—Era de esperarse —dijo Neil y bufó de disgusto—. Siempre son los hombres de Wall Street.

En el circuito del póker había jugadores a quienes se conocía como “chupasangres”, que contrataban a algunos matones y jugaban para ganar, aunque perdieran. Si ganaban en forma legítima, conservaban el botón de la victoria; pero si perdían, enviaban a sus matones a recuperarlo. Eso arruinaba el sentido del juego, pues los chupasangres no entendían el concepto de que jugar implicaba aceptar tanto las pérdidas como las ganancias. Pensaban que, ganaran o perdieran, tenían derecho al dinero.

—Tom, ¿recuerdas cómo nos encargamos de los chupasangres? —le preguntó, dándole un pequeño codazo.

—Hace apenas seis meses que me fui —protestó él. Se quitó el reloj y dejó que el matón viera que se lo devolvía a Neil—. ¿En la nuca?

—Sí, en la nuca.

Esa era la clase de incidentes que Tom no había echado de menos en su vida en la Aguja Pentagonal, donde se entrenaba para ser combatiente intrasolar. Allá la vida era seguir una rutina, acatar el reglamento y, en general, Tom sabía lo que ocurriría de un día para otro.

La vida con su papá era así: caótica, imprevisible y a veces peligrosa. Casi sintió alivio al ver que se estaban metiendo en problemas, porque las primeras dos semanas de su tiempo obligatorio lejos de la custodia de los militares habían transcurrido sin sobresaltos, a tal punto que deseaba que cayera un meteorito sobre el hotel para compensarlo. El hecho de que los persiguiera un matón para robarles todo lo que Neil había ganado esa noche y quizá golpearlos, bueno... Todo eso le resultaba bien conocido. Sabía manejarse en una situación así.

—Entra ahí —le indicó Neil, señalando con el dedo la fachada del siguiente restaurante.

—Hasta pronto, papá —exclamó Tom, haciendo un saludo al estilo militar.

Se apartó de su padre y se dirigió al restaurante. Neil siguió caminando por la calle entre la multitud.

Habían hecho eso tantas veces que ya tenían una rutina básica. Tom esperó mientras el matón se detenía en medio de la muchedumbre, pensando a cuál de los dos seguir. Luego se decidió y volvió a perseguir a Neil. Tom tomó con disimulo un pesado servilletero de una mesa cercana; luego salió a la acera y empezó a seguir al matón, que estaba tan concentrado en su padre que no reparó en él. Nunca se daban cuenta.

Apretujado entre la gente, vio al sujeto doblar una esquina detrás de Neil hacia un callejón. Tom echó a correr y llegó en el momento en que el matón se preparaba para atacar.

—¡Oye! ¡Oye, tú! —bramó el hombre, dirigiéndose a Neil. Este se dio vuelta con aire descarado, listo para un enfrentamiento, con un brillo desafiante en los ojos. Esbozó una leve sonrisa al ver que Tom se acercaba al hombre por detrás.

—¿Qué necesitas, amiguito?

Tom levantó el servilletero de metal listo para darle un tremendo golpe en la nuca, pero esperó a que el tipo diera el primer paso para que quedara como defensa propia. Luego, Neil lo acabaría a puñetazos. Cuando Tom vio que el hombre metía una mano en el bolsillo de su chaqueta, supo que había llegado el momento. Se lanzó hacia adelante, pero aparentemente Neil vio en la mano del hombre algo que no era una pistola, porque de pronto sus ojos se dilataron y levantó una mano abierta.

—¡Tom, no! ¡No lo hagas!

El hombre dio media vuelta, y Tom reparó en lo que había sacado del bolsillo.

Una placa de policía.

Se sintió aturdido al darse cuenta de que había estado a punto de golpear a un policía en la cabeza. Sus dedos soltaron el servilletero, que cayó al suelo con un sonido metálico. El hombre sacó su pistola y le apuntó. A Tom se le secó la boca, pero levantó las manos y retrocedió.

—Perdón. Pensamos que era un... Perdón.

—Mi hijo y yo creímos que venía a robarnos —agregó Neil, y también levantó las manos.

—Van a tener que darme ese reloj —les gruñó—. Y el dinero que ganaron esta noche.

Se quedaron mirándolo mientras comprendían que habían estado en lo cierto: en efecto, el hombre había ido a robarles.

A ninguno de los dos se le había ocurrido que el chupasangre pudiera haber contratado a un policía para hacer el trabajo sucio.

Neil soltó una risita de desdén.

—Conque haciendo un trabajito extra, ¿eh, oficial?

Igual que casi todo el mundo en esos tiempos, los policías no podían vivir solo de su sueldo, especialmente ahora que las máquinas automatizadas los habían reemplazado en las tareas de patrullaje de rutina y control de multitudes. Algunos inescrupulosos aceptaban trabajos secundarios como ese, y se desempeñaban como sirvientes con placa de los mismos hombres que habían incrementado sus ingresos con lo que antes habían sido las jubilaciones policiales.

El hombre enfundó su pistola, satisfecho de haber establecido su derecho legal de robarles las ganancias.

—Todos hacemos lo que tenemos que hacer. Ahora démelo.

—Me parece que no sabe cómo funciona esto —escupió Neil, y sus manos se crisparon como garras temblorosas—. Su patrón apostó y perdió. Le gané con todas las de la ley. Tal vez él nunca recibió el memorándum, pero cuando uno apuesta y pierde, realmente *pierde*. Es un acuerdo que se establece por el dinero que puede recibir si gana. ¡No puede enviar a un sirviente a recuperarlo porque no le fue bien en el juego!

—¿Quiere darme problemas esta noche, señor? —preguntó el policía sin inmutarse—. ¿Quiere que esto se ponga feo? Porque yo no tendría inconveniente. Con solo mirarlo, apostado a que tiene un historial policiaco. Eso vendrá bien cuando diga que se resistió al arresto, o quizá que se puso agresivo y no me dejó otra opción que defenderme por la fuerza. Y tal vez su hijo me siguió, lo cual será buen motivo para encerrarlo a él también —miró a Tom con una sonrisa burlona—. No querrá que este chico tan bonito esté allá adentro con los demás. Creo que debería hacerme caso y darme lo que me enviaron a buscar; después, cada cual seguirá su camino.

Todos los músculos del cuerpo de Neil se tensaron. Tom también hervía de furia, pero sabía que no podía hacer frente a un policía. Ese tipo podía molerlos a golpes a los dos y acusarlos *a ellos* del delito. En un tribunal, su palabra siempre valdría más que la suya. Para el caso, aunque se conectara con un censador y cargara ese recuerdo en los sistemas de la Aguja para que alguien pudiera verlo y *demonstrara* que el policía había actuado mal, aun así él y Neil acabarían en problemas por grabar ilegalmente a un policía.

Extendió la mano y tocó a su padre:

—Dáselo.

Con un suspiro de disgusto, Neil buscó en los bolsillos de su traje gastado y le arrojó el reloj junto con un fajo de billetes, que se desparramaron sobre el cemento roto del callejón.

—No eres mejor que un matón común y corriente.

—Todos tenemos que dar de comer a los nuestros —explicó el policía. Luego se inclinó y recogió el dinero.

Neil observaba al hombre con furia, y Tom se dio cuenta de que aquella bomba explotaría si él no intervenía. Se adelantó, lo tomó de su brazo rígido y lo jaló hacia la calle. Pero Neil no pudo contener un último comentario.

—Tú sigues, ¿sabes?

—¿Está amenazándome? —preguntó el policía, incorporándose de un salto. *Ay, no.* Tom lo sujetó con más fuerza.

—Papá...

Pero Neil tenía ese brillo temerario en los ojos y una sonrisa desquiciada distorsionaba su rostro apergaminado, así que supo que era una causa perdida.

—Mi hijo y yo, sí; los grandes jefes corporativos ya nos tratan como personas sobrantes que respiran su aire y viven en su planeta, pero ¿sabes?, te diré una cosa: para ellos, tú también vales lo mismo que una

cucaracha, amiguito. *Antes* te necesitaban para que nos pisaras el cuello con tu bota, mientras ellos nos vaciaban los bolsillos...

—¡Papá, vámonos!

Pero Neil continuó:

—Espero que la próxima vez que levantes la vista al cielo y veas un dron o una patrulla en tu calle, te des cuenta de que tú tampoco eres nada para ellos, y si no te gusta, tienen una bota automatizada para metértela en el...

De dos zancadas, el policía cubrió la distancia que los separaba y golpeó a Neil de lleno en la cara con el borde de su pistola, haciéndolo caer al suelo. Pero este echó a reír y se incorporó sobre los codos, mientras de su nariz manaba sangre en grandes gotas oscuras.

—¿Demasiado cerca de la verdad, *oficial*?

El policía avanzó para propinarle otro golpe, y sin siquiera pensarlo, Tom lo empujó para que retrocediera. Enseguida comprendió que había sido un error, pues la pistola eléctrica del hombre dio contra su costado y le envió una descarga que le atravesó los músculos, inmovilizándolo, y su campo visual se llenó de estrellas. El mundo entero se convirtió en una masa vibrante de agujas que lo pinchaban. Perdió el control de su cuerpo y se desplomó en el suelo...

Volvió en sí cuando aún seguía tumbado; sentía comezón en las palmas de las manos y le ardían las rodillas. Se dio cuenta de que Neil lo sacudía en forma persistente.

—Tommy... ¡Tommy! Empiezas a asustarme. Vamos. Despierta, hijo. Despierta.

Se obligó a abrir los ojos y se le escapó un gemido.

—¿Papá?

—Gracias a Dios. No sé qué te pasó —Neil estaba pálido, con el rostro grisáceo—. Tuviste un ataque o algo así.

—Estoy bien —dijo. Su propia voz le resultó extraña. Todo le parecía muy lejano.

—Bueno, hiciste huir a la mascota del banquero —le explicó, y lo ayudó a pararse sobre sus pies inestables—. Supongo que no quiso que lo acusaran de haber matado a un chico.

Se pusieron en marcha, lentamente y con dificultad, de regreso al hotel. Tom iba medio colgado del hombro de su padre y apoyaba la nariz contra su chaqueta, mientras el rancio olor a cigarrillos y alcohol llenaba sus fosas nasales. En su campo visual había números que danzaban sin ton ni son.

Mareado, intentó descifrar lo que había pasado. Definitivamente había perdido unos minutos, o quizá se le había alterado el cronómetro.

No era la primera vez que le aplicaban una pistola eléctrica; ya le había ocurrido cuando era mucho menor y empezaba a jugar en los salones de Realidad Virtual. Había perdido contra un adulto y no tenía el dinero que había apostado, de modo que había tratado de huir. Pero le faltó velocidad. El hombre lo alcanzó, lo arrastró hasta un baño vacío y lo atacó una y otra vez con una pistola eléctrica hasta que se convenció de que Tom le había mentado acerca del dinero. Luego volvió a aplicarle la descarga por haber perdido una apuesta con dinero que no tenía. Dijo que era para que “aprendiera la lección”.

En efecto, Tom la aprendió: dejó de perder.

Aprendió también lo que era recibir un ataque con pistola eléctrica; por eso sabía que no era normal sentirse tan débil, tener aquel zumbido extraño en el cráneo, ver aquellos números sin sentido bailando en su campo visual. Debía ser por la computadora que tenía en la cabeza, que protestaba por aquella descarga.

El neuroprocesador no dejó de mostrarle números hasta que se recostó en su cama de hotel, con el aparato de aire acondicionado enviándole ráfagas heladas y el murmullo del televisor encendido. Oyó que Neil mascullaba, sentado en la otra cama. Estaba bebiendo.

Levantó la cabeza, obnubilado, y vio en la pantalla a los ahora públicos combatientes de la Compañía Camelot. Los indoamericanos y los

ruso-chinos habían acordado una tregua temporal, lo cual permitía que los CamCos hicieran giras publicitarias en las cuales pregonaban los esfuerzos que hacían en la guerra y las bondades de sus patrocinadores de la Coalición de Corporaciones Multinacionales. Los militares también estaban aprovechando la ausencia de los cadetes más jóvenes para abrir ciertas áreas de la Aguja para diversas actividades con los medios.

Desde que se había filtrado su identidad, se habían vuelto famosos. Tom descubrió extraños rumores sobre ellos también en Internet. “El fin de semana desenfrenado de Britt Schmeiser”, “El pasado oscuro de Alec Tarsus”, e incluso había titulares sobre el otrora combatiente preferido del público: “El amor prohibido de Elliot Ramírez”.

Observó la pantalla, todavía confundido, y vio el rostro apuesto de Elliot Ramírez, quien durante tanto tiempo había sido el único CamCo de la Aguja Pentagonal conocido públicamente. El muchacho de cabello oscuro estaba cómodamente sentado en el centro del grupo de CamCos, asegurando con gentileza a los periodistas que le complacía compartir la fama. Snowden Gainey estaba a su lado, inflado de orgullo, y Cadence Grey no dejaba de mirar de reojo a la cámara con nerviosismo. Estaban todos, pero... faltaba alguien.

Ajá. Heather Akron.

Se sorprendió, porque durante los primeros días de vacaciones había visto muchas veces a la bella muchacha de cabello castaño de la División Maquiavelo. Sin embargo, ahora que lo pensaba, en los últimos días ella prácticamente había desaparecido de la escena pública. Era extraño. Como era tan fotogénica y encantadora, él había supuesto que estaría entre los principales CamCos que saldrían a la luz y se mostrarían al público.

—Observa a esos chicos —Neil miraba el televisor por encima de su vaso, con cara de pocos amigos—. Parecen marionetas de plástico. ¿Alguna vez notaste que no parpadean? ¿Eh, Tom?, ¿lo notaste?

—No, nunca lo había notado —logró responder con cierta amargura.

Pues le había pedido a su amiga Wyatt Enslow que escribiera un programa para que su neuroprocesador controlara aleatoriamente la frecuencia de parpadeo. Estaba casi seguro de que esa era la razón por la cual su padre no había observado nada extraño en su cara: Tom se había esforzado por actuar con la mayor normalidad posible. Eso y el cabello, con que disimulaba su puerto de acceso, hasta ahora le habían dado resultado.

El siguiente segmento del programa era sobre los directores ejecutivos de las corporaciones que patrocinaban a los CamCos. Pasaron una entrevista con Reuben Lloyd, director ejecutivo de Wyndham Harks. El hombrecito delgado, con un lamentable parecido a una rata, hablaba frente al micrófono con una amplia sonrisa.

—Fíjate en este Reuben Lloyd haciendo relaciones públicas en favor del siguiente rescate impositivo de Wyndham Harks —suspiró Neil, y su voz perdió extrañamente la expresividad—. ¿Sabes, Tommy? Tú eres la única razón por la que sigo interesado en este basural. De no ser por ti, me alegraría ver arder todo este mundo. Preferiría incendiarlo antes que dejar que nos quiten todo.

Tom presintió peligro, pues su padre estaba poniéndose furioso después del ultraje del robo. Trató de pensar en algo que pudiera distraerlo, pero en la pantalla surgió la imagen resplandeciente de Joseph Vengerov, director ejecutivo de Obsidian Corp.

Sus músculos se paralizaron.

El reportaje era servil, pues el hombre había sido elegido Director Ejecutivo del Año por la revista *Institutional Investor* por quinta vez. Sin embargo, Tom solo pudo pensar en el censador. En su mente resonaron esas tres sílabas que casi lo habían condenado: *Ven-ge-rov*... Apenas el teniente Blackburn había descubierto que él lo conocía, pasaron cosas terribles. Había estado a punto de perder la cordura, su lugar en la Aguja, todo...

Varios minutos después, luego de darse una ducha rápida, seguía conmocionado por el recuerdo. Limpió el espejo empañado del baño; su rostro anguloso aún chorreaba agua y el cabello rubio se le adhería al cráneo. Los números que aparecían y desaparecían en su campo visual casi habían cesado, y supuso que no había necesidad de hacer nada al respecto, aunque técnicamente, muy técnicamente, debía contactar a Blackburn si tenía algún problema con su neuroprocesador durante las vacaciones.

El teniente incluso les había dado a todos los cadetes un nodo de acceso remoto para conectarlo al puerto que tenían en la nuca. Servía para que enlazaran sus procesadores al servidor de la Aguja y que él pudiera examinar el hardware desde el otro lado del país.

Tom buscó el nodo en su mochila y lo sopesó en la mano, pensativo, pero luego descartó la idea. Estaba a punto de volver a guardarlo cuando reparó en las marcas que tenía en el torso, los hematomas sobre las costillas, donde le había dado la pistola eléctrica. Algo oscuro empezó a bullir en su interior mientras su mente recordaba el rostro del policía. Probablemente ya le había devuelto el dinero al banquero calvo, quien estaría contándolo en alguna parte.

Tom cerró el puño en torno al nodo de acceso remoto.

Después de todo, quizá sí podía usarlo para algo.

Todos los servidores importantes del gobierno estaban conectados entre sí, de modo que apenas ingresó en el flujo de datos que se dirigían al servidor de la Aguja Pentagonal en Arlington, Virginia, no tardó mucho en poder entrar al servidor del Departamento de Seguridad de la Nación.

Durante un momento desconcertante se sintió extraño, desapegado, una señal que flotaba libremente en un vacío. Nunca estaba completamente seguro de lo que hacía cuando establecía interfaz de esa manera. Aparentemente le resultaba mucho más natural a la única otra persona

que él sabía que era capaz de entrar así en las máquinas: la combatiente ruso-china y su “más o menos” ex novia, Medusa. Pero Tom se concentró en la furia contra el policía, y eso le agudizó la mente. Se lanzó a la interminable cadena de ceros y unos en busca de las conexiones que unían ese departamento con los drones policiales que sobrevolaban Estados Unidos.

Cuando los localizó, su neuroprocesador examinó rápidamente una serie de coordenadas y luego se conectó al dron armado más cercano.

Un rápido escaneo de la base de datos de dueños de armas registrados en la zona le presentó una imagen conocida: la del sargento Erik Sherwin, quien les había robado. Todos los dueños de armas registrados tenían implantados en la piel unos chips de rastreo, de modo que Tom apuntó directamente a su frecuencia.

Cientos de metros por encima del sargento Sherwin, en los cielos oscuros entre Las Vegas y los anuncios aéreos, la mirada mecanizada del dron captó imágenes del policía en la puerta del casino, siguiendo al banquero como un cachorrito obediente. El centro visual de Tom registró las imágenes como si estuviera viéndolas a través de unos ojos mecanizados propios.

Sus planes cambiaron.

Sintió un estremecimiento de placer perverso, porque su idea había sido molestar al policía, pero al pensarlo un poco más decidió que en realidad sería mejor no prestarle atención al matón, sino al cerebro: el banquero calvo a quien la base de datos biométricos identificó como Hank Bloombury, que trabajaba en una subsidiaria de la compañía Matchett-Reddy.

Sí. Se concentró en Hank y lo siguió desde el casino hasta su automóvil particular; arriba, a lo lejos, el dron surcaba el cielo trazando un sendero letal. El auto de Hank empezó a salir del estacionamiento, pero el dron policial que controlaba Tom podía enlazarse remotamente con los

sistemas de autonavegación vehicular y hacer con ellos cualquier cosa. Así fue que se divirtió molestándolo: hizo girar el auto y lo encaminó hacia el hotel en el cual se alojaban él y Neil.

Por fin, aparentemente Hank se dio cuenta de lo que ocurría, porque aplicó el apagado de emergencia. El vehículo se detuvo con una sacudida y el hombre bajó y se frotó la nuca, obviamente tratando de discernir dónde estaba.

Entonces Tom lanzó su siguiente truco: hizo descender el dron y lo detuvo muy cerca del atónito banquero. Luego apuntó las pistolas eléctricas directamente a su cabeza calva, y disfrutó al verlo de pie, inmóvil y boquiabierto.

Gracias por enviar a ese policía, pensó, y le soltó una descarga desde el dron que bastó para derribarlo al suelo. Hank se levantó con dificultad, y cuando quiso volver a meterse en el auto, Tom le envió otra descarga de electricidad para impedirsele. El hombre intentó correr en otra dirección, pero el dron policial lo perseguía sin darle tregua, y volvía a darle una y otra descarga.

Hank levantó las manos en señal de rendición y se quedó allí, derrotado, mientras Tom hacía girar la nave a su alrededor, como un buitre. Convencido de que el hombre estaba bien asustado, accedió a la pantalla de texto del dron y le dio una orden, sabiendo que la máquina la transmitiría por medio de la pantalla de comunicación y con voz mecanizada.

QUÍTESE LA ROPA.

El banquero sacudió la cabeza; tenía el rostro enrojecido, como si estuviera indignado. Una vez más, se lanzó hacia el automóvil, de modo que Tom le aplicó otra descarga. Eso lo detuvo.

QUÍTESE LA ROPA, repitió. *AHORA.*

Esta vez pareció entender y se desnudó. Tom decidió que valdría la pena terminar con los ojos ensangrentados con tal de disfrutar la venganza.

AHORA CORRA. RÁPIDO.

Hank vaciló, de modo que el dron le lanzó otra descarga a sus pies. El banquero echó a correr y Tom siguió fastidiándolo un rato más, asegurándose de que la pantalla de comunicación mostrara las palabras *SIGA CORRIENDO*, *SIGA CORRIENDO*. Continuó así hasta que lo acorraló en una calle cerca del hotel; entonces dejó de controlar el dron y lo regresó al cielo.

Volvió en sí, se arrancó el transmisor de un tirón y salió del baño.

–Papá, tienes que salir a la calle –dijo, lleno de entusiasmo–. ¡Ahora!

Neil emitió un gruñido, pero no hizo nada. Tenía la mirada melancólica clavada en el televisor, como si estuviera en una especie de trance.

–Vamos, papá, levántate –le arrebató el control remoto y apagó el televisor, y luego le quitó el vaso de la mano. Entonces sí le prestó atención–. Créeme, querrás ver esto.

–Devuélveme mi trago –protestó, arrastrando las palabras.

A regañadientes, Tom se lo devolvió.

–Te lo vas a perder, y después lo lamentarás.

–Está bien, está bien; ya me levanté.

Neil estaba visiblemente irritado, pero lo siguió a la calle como adormecido. Salió del hotel a tiempo para ver llegar al banquero desnudo, que iba mirando el cielo en busca del dron rebelde.

–Oye –dijo Neil, y se enderezó un poco–. Oye, ¿ese no es...?

–Qué casualidad –exclamó Tom con una amplia sonrisa–. Es tu chupasangre preferido –se acercó a uno de los teléfonos de emergencia que había en la calle e informó al operador–: Hay un loco corriendo desnudo por la calle. Está exhibiéndose a los niños y vendiendo drogas... y grita algo acerca de una guerra santa –supuso que las tres amenazas lograrían una pronta respuesta policial.

–¿Qué haces, Tom?

–Se me ocurrió que ya que le gustan tanto los policías, hay que traerle unos cuantos –dijo, y se encogió de hombros.

El banquero estaba pidiendo ropa a la gente cuando llegó la flota policial para ocuparse del terrorista pedófilo y narcotraficante. Hank Bloombury nunca había aprendido a respetar a los hombres y mujeres a quienes consideraba sus pistoleros a sueldo, y jamás había tenido que enfrentar su ira. Apenas los policías empezaron a salir de sus patrullas, empezó a gritonearles por el dron que lo había atacado, pero estos no vieron ningún traje elegante y no tenían manera de saber que el tipo era importante. Solo sabían que estaba desnudo y era agresivo, de modo que lo rodearon con sus garrotes y sus pistolas eléctricas.

Cuando la brutalidad policial empezó a desplegarse en serio, Tom miró a su padre levantando las cejas:

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Él se rascó la mejilla sin afeitarse y parpadeó, como intentando cerciorarse de que realmente estaba viendo aquello.

—Me parece que no tengo idea de cómo lo lograste.

—Digamos que los militares me enseñaron muchos trucos tecnológicos. Es todo lo que puedo decirte. Clasificado.

Neil se acercó más y le preguntó en un susurro:

—¿Hay *alguna manera* de que puedan descubrirte?

—No —le respondió despreocupado, aunque no estaba seguro—. Probablemente se darán cuenta de que yo llamé a la policía, pero el resto es un misterio.

Incluso para Tom. No sabía a ciencia cierta por qué era diferente de los demás cadetes que tenían neuroprocesadores, ni por qué Medusa también era diferente. No tenía idea de por qué podían establecer interfaz con máquinas con las que los demás cadetes no podían.

Sabía que tenía una habilidad particular, y su mente bullía de ideas sobre cómo podía aprovecharla.

—Trucos tecnológicos, ¿eh? —se maravilló Neil—. Después de todo, esos militares realmente están haciendo bien las cosas contigo. Me

asombra incluso pensarlo —rio entre dientes—. Mi hijo de verdad tiene una oportunidad en la vida... Nunca pensé que fuera posible.

Ahora había algo diferente en el rostro de su padre, en su voz, y Tom habría jurado que parecía casi *feliz*. Los policías despejaron la calle y Tom sintió una profunda satisfacción. Obviamente, su venganza terrible contra el chupasangre había cumplido su cometido.

La última noche que Tom pasó con su padre, no podía dormir. Salió al balcón, a los brazos de neón de Las Vegas. Las luces lo bombardearon desde todos los rincones: desde las calles, los edificios de alrededor y hasta desde los anuncios aéreos. Sobre la ciudad había decenas de esas gigantescas pantallas, todas compitiendo por la atención de las personas diminutas que estaban muy lejos, allá abajo.

Tom levantó la vista, sin hacer caso al mensaje del Departamento de Seguridad de la Nación que sugería que si escuchabas un rumor se lo contaras, ni al mensaje de Nobridis sobre cómo sus esfuerzos por enriquecerse con la guerra en realidad beneficiaban a los estadounidenses. Lo único en lo que podía pensar era en las posibilidades que le aguardaban. Planeaba ser un combatiente intrasolar que controlara las naves que peleaban en el espacio exterior, pero ahora estaba pensando que también podría ser un justiciero anónimo, o tal vez hasta un superhéroe.

¿Por qué no? Tenía el poder de contraatacar a gente como Hank Bloombury. No podían detectarlo, y ahora todo estaba digitalizado.

Incluso podría trabajar en equipo con Medusa. Apoyó los codos en la baranda, pensando en su mayor enemiga, su “más o menos” ex novia y la guerrera más mortal del bando ruso-chino... La única persona que conocía que habría podido ejecutar la misma venganza contra el banquero.

¡Ah! Esbozó una amplia sonrisa al pensar lo que podía hacerle al estúpido novio de su madre, Dalton Prestwick, si así lo deseara. Sí, buscaría

al tipo en su apartamento de Manhattan y se divertiría un poco. O quizá le haría algo a aquella mansión que tenía en Georgetown. Había tantas posibilidades, que su cabeza empezó a dar vueltas en círculos vertiginosos.

Hasta podría ocuparse de Karl Marsters.

No. No, un momento: tal vez eso sería abusar de su poder. Probablemente lo era. ¿Y si atacaba a Karl una sola vez? Al fin y al cabo, si prestaba servicios al mundo como justiciero, se ganaría el derecho de tener una revancha personal *una sola vez*.

En ese instante un fuerte rugido aturdió sus oídos, y con asombrosa rapidez, un objeto negro bajó del cielo, ocultando los anuncios aéreos. El cuerpo de Tom se puso rígido y permaneció inmóvil, mientras uno de los drones de categoría Centurión, que se usaban en el espacio exterior, descendía y se quedaba flotando justo frente a su balcón.

No era un dron policial pequeño como el que él había controlado. Tampoco el que se usaba para vigilar sospechosos y doblegarlos, o dispersar multitudes. Este se utilizaba para hacer estallar cosas en el espacio. Y lo tenía al alcance de su mano.

Se quedó observándolo, boquiabierto. Nunca había visto uno de esos tan de cerca, no con sus ojos humanos. Las torretas lanzamisiles con forma de guadañas se curvaban hacia él como una franca amenaza; su negrura se recortaba contra la luz de los anuncios aéreos que había detrás. Al cabo de un rato el vehículo activó su camuflaje óptico y, con un leve resplandor trémulo, se hizo invisible. Solo un elemento quedó a la vista: el ojo de la cámara de precisión, que lo enfocaba implacable. Las naves con camuflaje óptico solo eran detectables cuando se movían, y únicamente si alguien sabía reconocer la ondulación delatora en el aire. La cámara parecía estar flotando en el espacio.

Entonces se activó el programa de comunicación instantánea en su neuroprocesador, y en su centro visual aparecieron unas palabras enviadas por net-send: *Sé lo de tu dron, Mordred.*

Tom se llenó de alegría al reconocer quién era. Si había una persona con la que querría compartir su triunfo, era con Medusa.

—¿Viste eso? Genial. Pero tengo que admitir que el tuyo es más grande. ¿De dónde lo sacaste? Quiero uno.

¿Eres imbécil?

Tom parpadeó. Esa no era la respuesta que había esperado recibir.

¡A menos que estés empeñado en delatarnos, tienes que dejar de hacer esas bromas!

Él hizo caso omiso de su súbita decepción ante la reacción de ella y se encogió de hombros, como para demostrar que no le importaba.

—Sé que quieres conservar en secreto nuestra habilidad. Yo también, ¿ok? Pero ayer tuve que hacerlo. Era una cuestión de honor. Tenía que reparar un daño. Y francamente, Medusa, es gracioso que me llames imbécil por usar ese dron cuando acabas de hacer volar un Centurión sobre Las Vegas, nada menos.

Este Centurión tenía camuflaje óptico cuando bajé. “Desapareció” del sistema hace años. Nadie va a darse cuenta de que no está. Tú te metiste con el sistema de navegación de uno de la fuerza policial y en actividad. Alguien lo notará. Eso es inaceptable.

—¿Entonces qué?, ¿no debería hacer nada? —repuso, mientras se inclinaba hacia adelante, irritado—. ¿Debería esperar hasta ser combatiente y usar nuestra habilidad para *hacer trampa*, como tú?

Ante la insinuación, el dron se acercó, amenazante. Tom sabía que la había puesto furiosa, pero se mantuvo firme:

—¿No te das cuenta? Esta capacidad que tenemos... Podríamos hacer cualquier cosa, mejorar el mundo, ser como... —vaciló un instante, sabiendo que eso lo haría parecer un tonto de ocho años, pero fue la única palabra que se le ocurrió— superhéroes.

Esto no es una revista de historietas, Mordred. No somos indetectables, tampoco invencibles. Ahora podemos actuar sin peligro solo porque nadie sabe de nosotros.

La próxima vez que hagas una estupidez como esta, volveré y me aseguraré de que no puedas repetirla.

—¿Cómo? ¿Vas a matarme? —respondió a la ligera, sin fijarse en lo que decía. No hablaba en serio.

De pronto, el dron se le acercó y el camuflaje óptico se abrió lo suficiente para que viera las armas que Medusa tenía apuntando a su cabeza. Algo se disparó instintivamente en Tom cuando los rastreadores de láser rojo se colocaron sobre él. Retrocedió rápidamente hasta dar contra la puerta del balcón, y se quedó adherido a ella, con el corazón latiéndole furiosamente y el cuerpo bañado en sudor frío. Durante un momento en que el tiempo pareció detenerse, permanecieron así, suspendidos; con la torreta lanzamisiles apuntándole directamente a la cabeza.

Satisfecha de haberse hecho entender, Medusa transmitió un movimiento ondulante a su dron y le plantó una frase provocativa en su centro visual: *Esa es la idea.*

Tom recordó vívidamente cuando él, durante la Cumbre del Capitolio, la había provocado con un comentario sobre su rostro desfigurado con tal de ganar. Antes de eso, se habían tenido simpatía.

Él lo había cambiado todo.

—¿Serviría de algo si te ofreciera disculpas? —le preguntó. Y no se refería a lo del dron.

No. Sería desperdiciar el aliento, Mordred. No vuelvas a hacer esto.

Entonces el Centurión de Medusa subió con un rugido y se alejó como un rayo. Tom se despegó del edificio y pronto no alcanzó a ver siquiera el resplandor trémulo de la nave en el cielo nocturno: solo un techo cegador de anuncios aéreos.